

LADISLAO GRYCH

JESÚS VIVE EN MÍ ⁽¹⁶⁾

El texto surge de una convivencia en Capilla del Sauce, los días 25 y 26 de febrero de 1994, para los catequistas de la zona; se marca como un esquema para poder seguirlo; en fin, en este escrito quedan algunas vivencias del encuentro; luego pasan algunas semanas más para seguir trabajando con el texto, hasta terminarlo en Cerro Convento el Sábado Santo de 1994.

INTRODUCCIÓN

Hablamos del camino a nuestro interior; es una tarea que tiene mucha importancia; no es fácil, nos cuesta llevarla y no da eficiencias rápidas.

En nuestro tiempo, se quiere lograr rápido, aún sin mucho esfuerzo; no obstante, por lo que se refiere al espíritu, seguimos en la lucha de siempre; quizás, ante la eficiencia del mundo, el camino espiritual parece aún más complejo.

Pero, si uno halla el sentido de la vida, no cuenta las horas gastadas ni el esfuerzo, ni los sacrificios, sino que disfruta de la vida; es una gracia, al sentir la necesidad de volver a nuestro interior; siempre hay un verdadero porqué que nos inspira para hacer ese camino; de este modo, nos vamos reencontrando poco a poco, en la Obra del Señor.

La vida nos prepara, y nos da sus propios motivos; algún día, aún nos pone ante las urgencias; si es que había otras oportunidades, empezamos hoy; ¿por qué ahora?; ¿quién sabría decirlo?

En fin, las vivencias crecen, se agregan, hasta que logren movilizarlos muy hondo; si son negativas, nos destruyen, nos desestabilizan y quizás por eso, nos ayudan a entrar en la lucha por el cambio; nos despiertan para que reacciones frente a lo que pasa en nuestro interior; es que el Señor tiene mil modos para iniciar lo nuevo, y puede llevarnos por el camino que nos asombra.

A este encuentro no lo llamaría un retiro en pleno sentido de la palabra, de todos modos, intentemos llegar a nuestro interior, sin miedo, pues, lo que nos permite entrar bien, es la paz del Señor.

La paz es la novedad que nos trae Jesús; así podemos ver la vida con otra mirada, que Él nos ofrece, aún cuando la realidad nos avergüenza, y vienen resentimientos, celos y

broncas, culpas y hasta caprichos.

En el camino al interior, el Señor nos acompaña; debe ser un paso lento, no nos apresuremos; es que hay un tiempo que es justo para la vida, y no hay que apurarla; tampoco logramos la claridad del primer instante; a lo mejor, la luz vendrá con el tiempo.

Las horas que compartimos, para unos, puede ser un buen espacio de paz, de calma, para otros, de cierta claridad, y para algunos, de confusión, de guerras que son necesarias, pues se conmueven las vivencias.

Un solo día que disponemos para reflexionar, es un tiempo muy corto; ni siquiera nos alcanza para poder definir las vivencias y menos aún, para resolverlas. Pero es cierto que, si nos encontramos con lo que llega hondo a nuestro interior, luego seguimos con la siembra, el Señor sabrá hasta cuándo, pues la gracia depositada en el corazón no se queda quieta, sino que enfrenta la realidad.

Entonces, que el Señor obre hasta dónde quiera.

A veces, una sola palabra, un pequeño gesto o una simple expresión pueden ser suficientes para encaminar una Obra del Señor, por mucho tiempo; de este modo, Él nos deja con su luz, frente a nuestra realidad, mientras la vida irá descubriendo su inspiración; tan sólo hay que esperar y ser paciente.

En medio de los caminos de espiritualidad, no se habla del tiempo; si se lo menciona, se tiene en cuenta los años, aún varios años que se precisan para el crecimiento espiritual.

Aparentemente, Jesús acompaña a sus discípulos unos tres años o más aún; según ciertas interpretaciones, al guiarnos por las fiestas en el Evangelio de san Juan, podrían ser tres años y medio; algunos dicen que ese tiempo habría que

repetir para poder llegar a los siete años, quizás más; sería un tiempo del gran cambio que nos viene del Señor, que surge en la profundidad de nuestro ser y siempre, por la gracia que Él dispone para con nuestras vidas.

Les entrego algunas reflexiones, como un pequeño aporte, que podrían servir para meditarlas a solas, o compartirlas con los hermanos.

Es difícil prevenir ese tiempo; pero, ¿no es que habría que presentar al Señor nuestra realidad, y que Él obre según las necesidades? Aún, Él dice lo que debemos hacer, si le entregamos nuestra libertad, para que Él actúe según como sería mejor para nosotros.

Propuse ciertas etapas de reflexión:

1. La vivencia de Jesús.
 2. Jesús en medio de mi vida.
 3. Al tener los pensamientos y sentimientos de Jesús.
- Ése sería un pequeño camino; aún trataremos de abrirnos para Jesús, de guardarlo en nuestra vida, de dejarnos llevar por Él. Si es que un día de reflexión es corto, podría tener el alcance que superaría nuestras expectativas.
Que el Señor nos bendiga.

I. 1. LA VIVENCIA DE JESÚS

a. AL EXPERIMENTAR LA PRESENCIA

Para muchos, resguardar la presencia de Jesús parece un sueño no alcanzable; para otros, no es necesaria, no luchan por ella, y se quedan con lo suyo, sin buscarla ni soñarla.

Entonces, ¿quién es Jesús para ellos?

Alguien que pasó y lo vieron de lejos, como muchas otras realidades por las que no dan importancia.

Los sueños son como los santos deseos; alguna vez, nos abren el camino, y ni siquiera sabemos adónde nos llevan ni cómo; lo importante es que hemos entrado en el camino que conduce a un fin; y ya no importan los sacrificios ni las luchas; lo que vale es que podemos transitar, a pesar de que los pasos podrían ser lentos.

Se podría hablar de distintas vivencias en la vida de los cristianos, desde un Jesús olvidado y abandonado hasta las vivencias plenas, cuando Él no se pierde ni siquiera por un instante; en ese camino, estamos en algún lugar.

Pero, ¿podríamos definir nuestro lugar ante Jesús?; es una pregunta que nos compromete; y si no solemos contestar esa clase de preguntas, ahora debemos insistir en buscar la respuesta, a pesar de que nos cueste hacerlo.

Puedo asegurar que hay cristianos que caminan con Jesús, por su modo de vivir están unidos a Él; no es una vivencia que los perturbase, sino más bien, conviven con Jesús que permanentemente influye en sus vidas.

De algún modo, llegan a la vivencia en su camino; quizás, no saben decir cómo la han logrado, pero es cierto que comparten la gran Presencia de Jesús.

Esos cristianos aún defienden esa experiencia, y no desean

perderla a ningún precio; si presintiesen a la Presencia de Jesús como si estuviese debilitándose, buscan los medios para poder fortalecerla; es que intuyen el modo de cómo hacerlo y, de hecho, lo van logrando.

Hay ciertos valores en la vida que no los queremos perder; se vienen a la memoria, ocupan la mente y el corazón; por ejemplo, la madre se preocupa por sus hijos, cuando están a cierta distancia de ella. Se podrían mencionar muchas de esas vivencias; cada uno de nosotros las tiene, son las que nos promueven; son como un valor, como el eje de la vida; si es que, con frecuencia, algunos los desconocen, eso no significa que no los tengan; aún podríamos preguntarnos por otros valores, para conocernos mejor, y sorprendernos una vez más.

Aún, los resentimientos y los odios podrían ser como ejes; nos promueven por dentro de nuestro ser, nos llevan a las actitudes insospechables, y nos preguntamos si es posible llegar a esa clase de actitudes; en fin, es un pensamiento o un sentimiento que no duerme, sino que día y noche nos moviliza y nos lleva cada vez más lejos, a veces, hasta la destrucción.

Aún analizamos las vivencias, para ver nuestra realidad, la que podría ser superada en nosotros, mientras Jesús sería como una vivencia fundamental; de Él podrían partir las demás vivencias, en un nuevo orden de la vida; es porque la Vida de Jesús supera las otras, y las pone en medio de un nuevo orden implantado por Él.

En medio de tantas vivencias que ocupan el corazón y la mente, aún habría que soñar en Jesús en nuestra vida; pues al recibir el Bautismo, está sembrada la gracia para llegar a la vivencia de Jesús; y cada uno de nosotros tiene su

camino que se proyecta en medio de su realidad; diría, es nuestro modo de llegar a Jesús.

Si logramos la vivencia de Jesús, es porque recibimos una gracia; es como la herencia que nos viene del Padre; no obstante, Él acepta nuestro esfuerzo hasta lograr vivirla y quizás, para que la sepamos valorar.

La Presencia de Jesús debe vencer otras vivencias, que aún podrían ser contrarias a Él, y son las que llenan el corazón; a la vez, el Señor nos permite ver el camino de muchos cambios en el interior, mientras que la Vivencia de Jesús proyecta una Vida diferente, como plasmar las vivencias en medio de una Vivencia superior, la del mismo Jesús.

Comúnmente la vivencia de Jesús nos llega muy temprano como una estrella fugaz; y guardamos en la memoria, ese momento de sentir a Jesús; es la vivencia que adelanta lo que esperamos, aún nos anima en el camino, nos ayuda a vencer los obstáculos en el tiempo que pasa; si aparece de nuevo, es porque estamos en un buen camino; aún hay que pedir, esperar y luchar, mientras el Señor resuelve lo que Él debe superar en nosotros.

Muchas inquietudes que llevan al espíritu se constituyen sobre la Vivencia de Jesús, hasta aquellas que al principio se ocupan sólo de la salud, del bienestar, de lo que urge al hombre; esas inquietudes procuran activar la Presencia del Señor en la vida humana, aún buscan las sensaciones de sentirse mejor; pero luego deben seguir profundizándolas, luchar por la Vivencia que viene del espíritu, la que intuye el ritmo del crecimiento espiritual; es lo que se logra ver cuando la vida sale de su propia desesperación y aún sigue buscando al Señor en su vida.

Es lógico que un árbol casi muerto, no dé frutos; hay que

esperar a que la vida se reconstruya, aún, hay que vencer la enfermedad y superar los obstáculos.

El mundo busca las soluciones rápidas, y hay muchos que ofrecen el remedio que sirve por hoy; pero aún en medio de las confusiones del mundo, se proyecta un camino que está fundado en la verdadera vivencia del Señor.

No quiero decir que lo que hacen algunos, para alimentar la presencia del Señor, sea inútil; es que, al practicarlo, se sienten mejor; y esas vivencias, por algún tiempo, les dan resultados, pero luego hay que enfrentar a la vida; es que no se puede separar la vivencia del Señor de la vida; hay que resolverla ante Él, según sus principios, y no como el hombre quiere resolverla.

Es que no se puede usar la vivencia del Señor sólo para los fines del hombre; pues, si en el principio, esa actitud nos puede dar una solución de modo provisorio, con el tiempo, nos lleva a una confusión aún más triste.

Hay muchas prácticas que se ejercen para poder alimentar la presencia del Señor; y algunas de ellas, se emplean en función del materialismo, olvidándose de los principios de las vivencias; más bien, se desea ver un cierto bienestar y no un verdadero camino que surge del espíritu; se buscan los modos para vivir en un mundo que no queremos cambiar, sino acomodar la vida del espíritu en función de un mundo materialista.

b. AL COMPARTIR CON LOS HERMANOS

En algún momento, se despierta un gran deseo en nuestro interior, que nos lleva a luchar por la presencia de Jesús. Ese deseo ya es parte de una nueva realidad; pues contiene la inspiración para lograr los medios que debemos emplear en el desarrollo de la gracia. De hecho, el deseo es como la semilla que contiene la vida de un árbol o de una planta. Si

lo mantenemos en vigencia, algún día, llegamos a Jesús para vivenciarlo hondamente.

Podría ocurrir que, al detenernos ante la persona, con tan sólo mirarla, nos damos cuenta de la presencia de Jesús; es que esa persona ya está plena de Él, aún, en medio de una gran transparencia del Señor.

Como vemos a Jesús en la vida del hermano, su vivencia nos toca hondamente; y se despierta el deseo de vivirla, de sentir a Jesús en nuestro corazón; pues, es una gracia para nuestra vida.

Si sabemos vivenciar a Jesús en el hermano, ya en nuestro interior, brota la vivencia que viene del Señor, quizás como pequeña e insignificante, en la oscuridad de la tierra. En una tierra oscura nace Jesús, y la gracia es compartida; vemos a Jesús en el hermano y, como en el espejo, sigue proyectándose su Vida en nosotros.

En la medida en que se afianza la vida de Jesús, lo vemos cada vez más, en nosotros y en los hermanos; es como caminar sembrándolo en las vidas; en fin, es la misión que Jesús nos había encomendado.

Al comienzo, nos alimentamos quizás, de lo que viven los hermanos, pero la vivencia de Jesús se proyecta cada vez más, como nuestra y cada vez más fuerte; ya estamos más seguros de lo que es Él, en medio de nosotros.

Ciertamente la presencia de Jesús en los hermanos aún se sostiene por medio de la oración comunitaria; se proyecta como un Fuego que va entrando en nosotros.

Ante todo, hay que alimentar la vivencia con la oración y el amor; por sobre todas las cosas, con el amor que se funda en lo que podemos hacer por Jesús.

La oración mantiene el Calor y la Vida de Jesús en medio del corazón; al pensar en Él, con amor y paz, mantenemos la Vivencia; y es para poder compartirla, aún viviéndola entrañablemente.

¡Qué grande es Jesús en mi corazón!

Mi casa es muy humilde, pero Él está igual.

Creo que está feliz; para esto viene al mundo.

La oración se torna en la convivencia cada vez más íntima con Jesús; es como cuidar la vida, donde hay horarios para alimentarla, y no se puede descuidar esa tarea.

Con el tiempo, contemplamos los frutos; y si vienen como postergados, son aún más profundos.

La gracia de la Presencia de Jesús se sostiene, al mantener cierta disciplina de oración, que lleva su propio tiempo; si esa exigencia siempre es vigente, llevará toda la vida.

Si surgen las personas que, con tan sólo orar con nosotros, siembran y alimentan la vivencia de Jesús, su misión es como expandir el fuego o regar plantas. Mañana, hay que alimentar ese fuego, esa vida, desde la vivencia interior, de un Jesús hallado en nuestro corazón, y no podemos evitar el esfuerzo ni las luchas, ni los sacrificios.

Entonces, ¡qué grande es ver que la Vida de Jesús brota en la profundidad del corazón!; porque si la atendemos y la cuidamos, nuestra vida se torna en un río del Señor.

Quiero recordar a uno de mis amigos, y algo que me hizo mucho bien; una vez, apareció para buscar ayuda, porque estaba mal; hablamos un poco y parece que fue importante para él. Desde aquella hora, cambió su vida; aún vivió otros cambios y todos fueron para el bien; su vida resurgía en los cimientos de su ser, y fue cierto que Jesús estaba con él; creo que lo sentía entrañablemente.

Luego, me escribió algo en forma de una poesía que, para

mí, se transformó en un pequeño sueño; me habló de Jesús encontrado; y yo me preguntaba: ¿por qué él veía a Jesús en mí, si yo fui muy pobre?

Por un tiempo, guardé lo que él me había escrito, pero por alguna razón, rompí el papel; y me quedé con la nostalgia, pues no pude recuperar la poesía.

El amigo supo que yo iba a romperla, y sólo sonreía; pero aún, guardo en mi corazón lo que me había dicho; y quiero creer que, mientras camino por el mundo, camina Jesús.

Le agradezco a Jesús por ponerme a mi lado, a mi amigo, en ese transitar de mi vida.

c. AL ASUMIR A JESÚS

Desearía seguir reflexionando de la importancia de Jesús en nuestra vida; espero que sea válido hablar de Él.

Aún no estamos muy convencidos de su Presencia; y es lo que no se entiende en el Proyecto de la reconstrucción del hombre y del mundo; tan sólo aquellos que comprenden el alcance del cambio que el Señor proyecta, ven el lugar para Jesús, en el paso del Señor en la vida del mundo.

¿Qué es reconstruir sobre los fundamentos del Señor?

Ante todo, es aceptar que la vida del mundo había perdido los principios, la misma se había confundido; y si no se ha desvinculado del Señor, es porque es casi imposible lograr eso, pues hubiese perdido su existencia.

Como ha perdido la coherencia, el mundo y el hombre se fueron por el camino que los lleva lejos; ya casi no saben adónde van; pero, ¿son conscientes de lo que hacen, el mundo y el hombre?

Vivimos en medio de la confusión, nos cuesta discernir el camino del Señor; aún aparece Jesús con el Proyecto del Padre; pero, ¿quién lo ve y lo acepta?

Si el Evangelio nos parece exigente, extraño para nosotros,

¡cuánto más sorprendía Jesús, que vivió en aquel tiempo!
El Evangelio hizo su obra; en el mundo, queda la obra de Jesús; no obstante, se necesita de aquellos que retomen el Evangelio con un nuevo espíritu; como si hubiese ocurrido que hasta ahora, la Buena Nueva aún no habría influido en la vida del mundo; como si necesitásemos empezar por lo que Jesús quiere hacer en un mundo perdido, como si nos llegase la nueva hora para el Mensaje de Jesús.

La vida del hombre es muy compleja; si busca cómo vivir según el Evangelio, aún no siempre ha podido hacerlo, ni ha querido llegar a resolver su vida de un modo radical. Con frecuencia, el Señor entra en el proyecto del hombre, por eso, hay cierto alivio, cierta calma, cierta esperanza, pero no viene lo esperado ni lo definitivo. Quizás debe ser así, hasta buscar la transformación que se fundaría en el Señor.

Lo que se refiere a la vida que queremos ver en el mundo, al principio, lo vivimos en nuestro interior; y es el Señor que llega a los corazones para que obren inspirados por Él. Al poder experimentar una vida reconstruida, aún tenemos noción de los cambios que puede vivir la humanidad, y nos ponemos al servicio del Señor.

El mensaje de Jesús es comprensible en medio de la gran transformación promovida por el Señor. En la medida en que sentimos su Enseñanza en nuestro interior, la vida se transforma; a la vez, adquirimos una nueva gracia para transmitir el Mensaje al mundo, por más reacio que fuese; en fin, nos queda esperar, porque la Obra del Señor sufrirá los enfrentamientos.

Llevar la Palabra es asumir a Jesús, pues no hay distancias en la Vida del Señor: es el Mensaje de Vida, en la Palabra;

es llevar al Señor en el mundo, por medio de Jesús; y Él es la Imagen del Padre, aún pleno del poder del Espíritu.

Él dice: *"el que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él"* (Jn 14,23).

Es que en medio de la Vivencia del Señor se proyecta la transformación que promueve los cambios en el mundo.

Pero, ¿quién lo comprende en toda su profundidad?

¿Quién sabe esperar el tiempo del Señor?

¿Quién, en lo más hondo de su ser, está dispuesto a dejarse llevar por Él y luego, aún caminar con lo que el Señor ha engendrado en su vida, por medio de Jesús?

d. HASTA QUE COMENCÉ A BUSCARTE

¿Cuánto tiempo me buscaste, Jesús, hasta que comencé a buscarte?; hoy me parece que toda la eternidad.

Mientras tanto, yo iba por mis caminos, hacía lo mío; aún caminaba seguro, mis pasos se veían fuertes; no obstante, todo tiene su fin; recién hoy lo reconozco.

Por eso, comprendo a mis hermanos que no ven su error ni quieren cambiar el rumbo de su vida; los espero, como tú me esperabas.

Cuando me di cuenta de tu presencia, aún estuviste como si fueses un ladrón para quitar mis cosas, o un espía que tuviese sus intereses.

Preferí estar lejos de ti, para que no entrases en mi vida.

Aún pensé: será mejor que los caminos sean distantes, que nos veamos de lejos, saludándonos, pero sólo de lejos.

Tuve miedo de ti; ante tu presencia no me sentía seguro; y no quise perder lo que consideré como mío, ni cambiar mi proyecto; es porque me importaba mi vida y cuidaba mis planes.

De vez en cuando, te escuchaba; y tu modo de hablar me

parecía exagerado, no era para mí.
Otras veces, no quise entrar en el dialogo contigo, como
teniendo miedo de ti; y mientras cerraba mi oído, hablabas
igual; yo huía y tú seguías hablando.
El tiempo fue largo, y mi vida tenía su propio desarrollo,
aún se complicaba; me preguntaba, si había coincidencias
entre tu Palabra y mi vida.

Pensé: en medio de mi realidad, hay un pequeño espacio
para ti; mis cosas valen, pero no puedo quitarte todo.
Necesito que me bendigas, que bendigas mis proyectos, mi
trabajo, mis fatigas y a mis hermanos.
Si no puedo cumplir con lo que me pides, me comprendes;
sabes que debo luchar, debo vivir; entonces, dame fuerzas
para luchar.

Mis fuerzas no son las de antes, mis proyectos están en la
mitad del camino, y mis hermanos, ¿dónde están ellos?
¿No los fui perdiendo, mientras estuve con mis proyectos?
¿Dónde están ellos y dónde estás tú, Jesús?
Antes por lo menos, te veía; de vez en cuando, te saludaba
de lejos, corriendo; hoy, ni siquiera te veo.
¿Dónde estás?; ¿no será que tú también, te alejaste de mí?
Y mis fuerzas ya no son las de antes.
¿Para qué seguir luchando?; me siento tan solo.

Mi vida está triste; me cuesta reconocerla.
Entregué mis fuerzas luchando, ¿para qué?
Antes, todo parecía tener su sentido, hoy me quedo triste.
¿Por qué estoy triste?; ¿qué me pasa?
¡Cómo quisiese encontrarte, Jesús!
Si antes estabas cerca, hoy te siento lejos de mi vida.
¿Te cansaste de mí, esperándome?

Si vuelves, te pediré por mi salud, pues gasté mucho para

sostenerla; te pediré por mis negocios que no me van bien;
hay muchas cosas donde podrías ayudarme.
Sin embargo, no te veo; hace tiempo que no te veo.
¿Y si yo tuviese fe?
¿Cómo quisiese tener fe, para conseguir lo que necesito!
¿Por qué no quieres venir a ayudarme?

Hace tiempo que te busco; parece que no me escuchas.
Trato de orar y sólo me canso, al hablar conmigo.
Sigo peleando en medio de mi vida que me pesa, buscando
tu consuelo, aún preguntándome dónde estás.
¿Y no te veo por ningún lado!
Si me parece que hay algún lugar donde pudieses estar, tu
presencia se va perdiendo entre las nieblas.
Eres como una pequeña estrella, muy lejos; en medio de
un cielo nublado, la estrella se va, y aparece.
Tanta niebla cubre el cielo; pero, ¿no sería mi vida gastada
inútilmente?; y te sigo buscando.

Recuerdo lo que me dijiste en la hora de mi juventud.
Entonces, me hablaste del tesoro; de veras, fuiste un tesoro
para mí; y me pareció que te tenía.
En aquel tiempo, fui feliz, al pensar en ti, tan grande para
mí; hoy, me quedan la nostalgia y las penas.
¿Dónde estás, Señor de la vida?
Es que mi vida se iba abriendo hacía ti, hacia el mundo,
con esperanzas, con luz.
¿Dónde estás, mi Señor?

¿Se podrá recuperar el tesoro perdido muchas veces?
¿Hay algún tiempo para encontrarlo?
Mi vida se fue muy lejos; hoy, los precios son altos; no sé
si podré vender lo que tengo, para comprar el tesoro.
Ni siquiera se pueden vender mis cosas, ni quiero hacerlo.
¿Acaso puedo vender lo que tengo, de qué voy a vivir?

Sin embargo, tú me dices que mi vida está en tus manos.
No lo veo; y estoy triste, tan solo.

¿Aún hay algún tiempo para mí?
¿Llegará el día, cuando me alegre con tu Presencia?
Pues, sería el día de fiesta.

¿Por dónde estás, para buscarte, qué quieres que haga?
No me queda más por hacer que sólo esperarte; parece que
tengo ese tiempo; es para resolver ciertas cosas, antes de
que vengas; pero el tiempo pasa, y mi dolor no se calma.

Con el tiempo, te iba descubriendo; estuviste en mi dolor y
en mi búsqueda; me enteré de que estabas en el tiempo de
mi lucha, pues no podías ausentarte, cuando el hijo seguía
en sus caminos equivocados; cuando más perdido estuve,
estabas aún más presente.

Me hiciste ver que no había tiempos perdidos; si todo tuvo
un sentido, yo debía descubrirlo por mi bien; lo vi, cuando
me di cuenta de que estabas en mi corazón; en realidad,
siempre estabas aún en la hora de mi oscuridad.

Mi vida, en fin, se transformó en buscarte por todas partes,
y estabas tan cerca; yo te buscaba lejos de mí, y tú estabas
en medio de mi ser.

¿Por qué no te encontraba?; quizás, debiese ser así.
¿Por qué no te veía?; porque siempre sorprendes.
Y cuando te encontré en mi corazón, se calmó mi vida.
Entonces dije: ¡gracias, mi Señor!

Hoy, quiero ayudar a los hermanos que caminan; les digo
que busquen a Jesús y que luchen por Él, hasta que lo
encuentren; que no se desanimen, cuando les falta luz y el
camino hacia el corazón aún está roto; pues hay que seguir
caminando.

No se dejen vencer por el miedo ni por las dudas; sigan

luchando hasta que lleguen; es el único camino que vale como nuestra vida.

e. TU LLAMA ESTÁ ARDIENDO

Y me dices: *"yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¿y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!"* (Lc 12,49).

Hace tiempo que tu palabra resuena en mi corazón.

¿Cuándo te responderé, como tú quieres que lo haga?

Pues, luego de tanto tiempo, quisiera responderte.

Tu Fuego en mí, es apenas una pequeña llama que arde; la siento en la profundidad de mi corazón.

Hubo tiempos largos, cuando la llama parecía muerta; no se apagó, porque tú la sostenías y la guardabas.

¿Qué hubiese sido mi vida, si aún permitieras que tu luz se apagase del todo?; casi prefiero no pensarlo.

Aún me reprocho por el tiempo perdido, por lo que había pasado; y quisiera ver tu rostro, sentir lo que piensas, pero no lo veo ni lo siento; es como si envolvieses todo en un profundo silencio.

Mi vida parece una noche oscura, triste; mientras tanto, me dejas sentir una pequeña luz que sigue sosteniéndose, es una pequeña esperanza frente a mi profunda oscuridad.

¡Cuánta seguridad me das, Jesús, al saber que tu llama aún sigue ardiendo, en ese tiempo tan oscuro de mi vida!

Tu luz, que parece pequeña, me da seguridad en medio de mi noche; es la que necesito para pasar ese tiempo.

Tengo miedo de la oscuridad; mi oído aún se pone atento ante los ruidos que parecen fuertes.

Me siento solo, a pesar de las vivencias que me rodean.

En esa oscuridad, busco tu luz y tu pequeña presencia que me salva, pues Tú, Señor, sigues salvándome en tu tiempo.

Sostienes tu llama en mi corazón, me animas a luchar por mi vida, que desea salir de mi oscuridad.

Mi vida se impacienta y desespera más aún.

¿Sigo luchando solo, y tú me miras, o es tu manera de poder ayudarme en el tiempo de mi ignorancia?

No creo que tú seas así; es sólo mi modo de pensar que me confunde.

Una vez, te presiento; otras veces, parece que camino solo.

Entonces, te sigo buscando, lucho por tu presencia.

Si te vas, se va perdiendo mi vida, como el agua en medio de las tierras.

¡Cómo busco el Agua, en mi vida que se pierde!

Apareces y te vas; así necesito buscarte.

¿Mi vida no debe ser así, cuando camino por el mundo?

¿O es que mis cosas me perturban, me distraen?

¿Cuándo llegaré a verte, aún sin perder ni un instante de tu clara presencia?

Es mi deseo que cultivo cada mañana; sería tu gracia que sembraste en mí; algún día, dará su fruto y no será sólo la siembra.

A veces, apareces con tanta fuerza que, si bien, alegras mi corazón, me asustas; es tan fuerte tu paso por mi vida.

Es como si el Agua de tu Vida, de repente, inundase mi ser; es como una ráfaga de tu Presencia que el Viento trae, o una fuerte temporada de calor en un otoño dorado.

Te agradezco, Señor, por esa gracia casi no esperada.

¿No sería que respondes a los deseos más profundos de mi corazón?; ¿o es que mi vida aún lo necesita por lo que no comprendo?; te agradezco, Señor.

Mientras sigo orando, aún me quedo como si viviese una vigilia, por si pasas; y tú, Señor, estás cerca, en medio de

mi ser; aún quiero despertarte, sentir tu voz y tu ternura y aceptar tu paz; no quisiese que durmieses en mí, porque te necesito; y si por algún instante, te pierdes de mi vista, te necesito más aún; no te canses, mientras te despierto; no lo tomes a mal, mi Señor.

Sigo caminando, te busco como el niño que aún no ve a sus padres; no quiero estar sin ti, ni por un instante; deseo sentirte siempre, mi Señor.

¡Qué triste es la vida de un niño que había perdido a sus padres!; y con frecuencia, fui más triste aún; hoy quiero recuperarte, Señor; y por ese tiempo que perdí, quisiese retenerte; con sólo que estás, estoy feliz.

Aún sigo soñando, Señor: que tu presencia sea tan grande como el fuego que arrasa, como el agua que me inunda por todas partes, como el aire que supera las fronteras.

Tú eres el Fuego, el Agua, el Aire de mi ser; si en algo soy un obstáculo, que tu fuerza se imponga.

En tus manos dejo mi vida; no obstante, espero tu tiempo; sé que mis deseos aún son inmaduros.

Cuando maduren los deseos de mi corazón, entonces, veré el milagro de tu presencia; espero ese día ansiosamente.

2. JESÚS EN MEDIO DE MI VIDA

a. AL VER A UN JESÚS VERDADERO

Me pregunto si he encontrado a Jesús en mi vida.

No es una pregunta sencilla ni fácil de contestarla, porque, por algún tiempo, se puede vivir de ilusiones, o dejar por descontadas las vivencias; es porque digo que estoy con Jesús, sin analizarlo ni cuestionarme.

Habrán signos de la presencia de Jesús; y aún habrá cómo alimentarla, si es que tiene importancia para nosotros.

Otra pregunta de importancia es, si ayudé a mis hermanos a encontrarse con Jesús, si compartí con ellos el tiempo de la gracia, al ver como Él actúa en su vida; es el momento de prender la semilla.

Frecuentemente, la hora de iniciar el crecimiento es casi desconocida; luego, nos damos cuenta de la nueva vida.

Ver el nacimiento de Jesús en los hermanos, es parte de la misión; es que el cristianismo se funda en Jesús, aún se construye sobre el anuncio de su Venida; luego, hablamos del Crecimiento de Jesús, de cómo proteger su Vida, pero sin la vivencia de su Nacimiento, no llegamos lejos.

Aún, debemos llegar a las raíces de Jesús; si nos cuesta volver a los principios, por lo menos, presentimos estar en un buen camino; por eso, al tratar de resolverlo, el Señor nos inspira.

Jesús proyecta a la humanidad sobre su Presencia; y nos dice con claridad: *“tuve hambre, tuve sed, estuve desnudo, prisionero”*; y nos inspira para hallarlo en cada hermano, por más perdido que fuese.

Debemos empeñarnos para recuperar el modo de Jesús; de veras, precisamos verlo en los hermanos; pues, nada nos puede impedir su Presencia, si Él vive en todos.

En las sabidurías milenarias, los cuentos narran del Señor que se esconde en los mendigos, y recorre el mundo.

Hay maneras para descubrirlos, dedicándoles la atención; luego de ofrecerles alguna ayuda, podemos ver sus rostros verdaderos, es la hora de la revelación.

Quizás, empezamos a ayudar al mendigo, a un pobre que pide pan, sin casa ni amor, y luego descubrimos su cara, o es que el amor cambia su rostro.

El servicio recorre su verdadero cauce, se va abriendo a la luz en la profundidad de nuestro ser. Algún día, podemos descubrir al Señor, tras nuestras manos y las que reciben nuestra ayuda; y mientras recorremos el camino, podemos seguir creciendo en la gracia.

En la medida en que vamos encontrando a Jesús, las vidas empiezan a ver su propio sentido, pues son Vidas de Jesús en medio del mundo; todas podrían llegar a ser nuevas, a la vez, transformadas, al descubrir su camino del ascenso, sorprendiéndonos a cada instante; y la nueva calidad aún se irá renovando en Jesús, como los ríos en sus fuentes.

Con sólo ver a Jesús en el hermano, va cambiando su vida; y al hablarle de Jesús, el hermano se va hallando.

Nos cuesta creer con qué fuerza podemos sembrar a Jesús, cómo su Presencia influye en las vidas, cómo promueve la transformación de los hermanos en medio del mundo; pero Jesús obra más allá de las conciencias; y llega antes de que comencemos a actuar, por encima de nuestra libertad.

Nos cuesta creer que, con tan sólo compartir, sembramos la presencia de Jesús de modo muy hondo; es la influencia que lleva su propio tiempo, no apura nada ni presiona, sino que se filtra; una vez, los hermanos no la ven, otras veces,

tratan de rechazarla o la aceptan como una gracia; y todo ocurre casi sin palabras, mientras que la vivencia de Jesús llega al corazón para despertarlo; lo hace el mismo Señor.

b. NO QUISE DESPERTARTE

Analizo las vivencias de los discípulos, mientras navegan en medio de un lago atormentado; aún voy pensando en mi vida; no quiero perder a Jesús ni siquiera por un instante.

Es verdad, Él está en medio de las tormentas de mi vida; ya hubo tantas, hay tantas y Él está.

En ciertas circunstancias, no creí en su Presencia, porque me pareció vivir solo y abandonado; ahora, al recuperar la Presencia de Jesús, todo va encontrando un sentido real.

¿Por qué no te veía, mientras venían las tormentas?

Aún no sé decirlo; pues, ¿nadie me hablaba de ti, Jesús, o no sabía escuchar a nadie en aquel entonces?

Busqué por mi cuenta arreglar mi vida; aún luché contra el agua y los vientos; siento mis manos cansadas y mis pies vacilantes, y tú estabas tan cerca.

¿Por qué quise salvarme solo, con mi esfuerzo, y luché por sobrevivir hasta donde creí que podía hacerlo?

Y cuando no pude más, te llamé desesperado, mientras tú estabas esperando a que te llamase.

Me haces ver que mis luchas solitarias, tienen sentido; que después de ellas, comienzo a llamarte.

¿Acaso puedes dormir en medio de mis tormentas que no terminan?; ¿y si no te levantases, qué pasaría conmigo?

Pero por algún motivo, te levantas; y todo viene cuando debe venir.

En otra oportunidad, me pareció que no debí despertarte; y estabas a la par de mi vida, yo te acompañaba.

Te vi fatigado; y como dormías, no quise despertarte; aún

pensé: que descanses, voy a luchar por mi cuenta.
Las olas crecían, la tormenta se afirmaba y yo luchaba.
Al principio, no pareció tan grave, y seguí luchando.
Pero cuando la tormenta se agrandó, me asusté; y no supe
qué hacer, no me quedaba otra cosa que llamarte.
Entonces te desperté.

¿No quise despertarte porque estabas cansado, o soy quien
te pide, cuando no da más?

Soy yo, que te reprocha como un niño; cuando no le salen
las cosas que se propone, empieza a reprocharte, aún te
responsabiliza.

No soy quien te debe culpar ni reprocharte, Jesús, pero tú
sabes que no entiendo la Obra del Señor en mi vida.

¿Qué hacías, mientras estabas durmiendo?

¿No sabías de mi desesperación?

Pero, parece necesité de esa experiencia.

Mi vida tiene tiempos de cierto vacío, de cierta soledad,
del abandono; no obstante, como estás, me permites que te
descubra, y me encaminas para hallar tu Presencia.

Cuando me parece que no estás o que duermes, y luego me
desespero, tu Presencia viene como de sorpresa; entonces,
apareces aún más grande.

Tantas veces, vuelvo a las tormentas; y me parece que me
hace bien volver a ellas, pues voy recuperando el sentido
de tu misteriosa Presencia.

No es el tiempo de tu descanso; estás igual en mi realidad;
si me dejas luchar solitariamente, es lo que me parece a
mí, porque estás presente en mis miedos, en mi cansancio,
en mi desesperación; de este modo, toda mi realidad sigue
transformando, y tú estás en cada movimiento de mi vida.

Si hoy, voy recuperando tu Presencia, todas las luchas que

he pasado tienen otro sentido; ya no me desespero ni me angustio como antes; voy encontrando el sentido de mis luchas solitarias: si son solitarias para mí, están llenas de tu Presencia tan misteriosa; y mientras siento tu ausencia, estás más presente aún; estás siempre en mí; y te voy descubriendo poco a poco, como un ciego que va hallando tu luz.

Necesité llamarte, aún gritar con toda mi fuerza, mientras tú, Señor, te hacías esperar; no obstante, hoy lo sé; y si no hubieses estado en medio de mi tormenta, no la habría podido sobrevivir.

Ahora, me haces ver que me cuidabas, mientras yo estaba luchando; pues, sufrí mi lucha solitaria y tú me cuidabas.

¡Qué misteriosa Presencia en medio de mí!

Mientras la voy recuperando, mi vida resurge en medio de las cenizas de mi desesperación.

Quiero volver a aquella hora de soledad, de tanta pena; me duele tu ausencia: yo sin ti, Jesús, y tú dormías; aún hoy, espero que calmes aquellas tempestades.

Con decir que estabas en aquel tiempo, empieza a calmar mi vida; pero quiero oír tu voz; que me digas que estás siempre en mi vida, y me llenas de tu Ti.

Sigo recorriendo mi vida, y tú vas entrando.

Estoy pensando en ti y estás presente cada vez más; así mi vida va encontrándose en medio de tu Presencia.

Me haces entrar en los rincones oscuros, para comprender mi realidad; a la vez, puedo ver la nueva vida que rebrota, porque estás; no obstante, aún me pregunto: ¿por qué te dormiste, cuando estuve como muerto?

¿Fue necesario que lo viviese así?

Hoy, me haces ver que todo debía ser así, como lo viví.

Me haces comprender mis angustias, mis miedos y culpas,
y mientras tanto, tu Presencia renueva mi vida y apareces
aún más grande; es la gracia del Señor.
Te agradezco de corazón, por todo lo que he pasado.

c. SÓLO TÚ CALMAS DE VERAS

Tu voz me calma, por dentro de mi ser.
Es más fuerte que mi tormenta; jamás he escuchado una
voz como la tuya, y que me haya llegado de este modo; no
hay manera de compararla.

En el bullicio de mi vida no escuché a nadie ni que alguien
llegase a mí; si estuve aún en medio del ruido del mundo,
¿cómo podía escuchar a quien hablase?
No obstante, la Voz tuya es muy fuerte.
Me costó escucharla en medio de mi vida tormentosa, pues
llegabas como despertándome de un profundo sueño.
Hasta que no calmes el mar, no sé escucharte; aún hay otra
realidad que debes calmar, antes de que hagas lo tuyo en
mi corazón atormentado.

Dijiste a las olas y a los vientos que no molestasen más.
Se calma la vida; me calmo; aún puedo descansar luego de
pasar ese tiempo de desesperación.
¡Qué distinto es vivir ahora!
Aún hay vivencias que debes calmar en mí; tú las sabes,
yo ni siquiera las veo.
Presiento las nuevas tormentas; no obstante, ya llevo cierta
experiencia para esperarlas más tranquilo.

Se calmó el mar y apareció el sol.
Se borraron las angustias y volvió la paz.
Si tú, Señor, estás, ¿qué más puedo esperar?
Y calmaste el mar, ayudando a un desesperado.
Si me desesperé, es porque no pude luchar más.

La tormenta me superó; fue muy grande y yo, tan débil.
Luego comenzaste a hablar, a reprocharme.
¿Quizás, debí enfrentar esa tormenta hasta el fin?

Terminó la tormenta; vino el sol, la calma.
No comprendí la actitud de Jesús, lo que quiso decirme.
Pero aún presiento más: parece que, en lo más hondo de
mi corazón, nacen nuevas tormentas.
¿Vendría ese tiempo?; ¿cuándo?
Pues, la realidad puede ocasionar guerras, al despertarse a
la hora menos previsible; hasta que mi vida no se libere de
esos focos de fuego, no puedo hablar de la paz.
¿Qué hace Jesús, ante esa realidad en nuestro interior?
¿No será que Él, la vaya despertando, provocándola?
¡Qué misteriosa es tu obra Señor, en mi vida!
Y aún, estás tras la tormenta que se cruza en mi corazón.

¡Cómo me cuesta comprenderme a mí mismo!
Con tu luz, Señor, voy viendo mi interior lleno de guerras;
voy viendo mi vida densa de confusiones, tanta oscuridad
por todas partes.
A la vez, me haces ver que tú estás y que tu Presencia me
sostiene; no hay nadie que me sostuviese como tú, Jesús.
Me quedo contigo, Señor, esperando, pues todo me dice
que debe llegar nueva tormenta.
De otro modo, sería imposible que llegase a la paz.
Entonces con más razón, te agradezco por tu Presencia, en
medio de esta realidad que me toca vivir.

Fui testigo de muchas tormentas que sacudieron mi vida; y
me pareció que podía asumir otras más; pero no fue así,
siempre te necesitaba a la hora de mi desesperación.
Si es que esperabas a que te llamase, después de salvarme,
me reprochabas con dureza, mis miedos e inseguridades.
¿Es el camino de mi crecimiento?; ¿son las experiencias

que debo pasar para que mi vida se afiance en tu gracia, y que tenga paz, aún en medio de mis tormentas?
¿Por dónde me quieres llevar, mi Señor?

En medio de la paz que me ofreces, re veo el tiempo de tu gracia; me haces intuir cómo mi vida resurge en medio de tu Presencia.

Eres grande para mí; me lo hacen ver las tormentas; si voy descubriendo tu grandeza, son esas vivencias que aportan; de otro modo, no podría verte como eres en mi vida.

¿Adónde me llevarás?

¿Cuántas tormentas aún debo pasar yo, pobre?

Si no tengo paz, mi vida me dice que me esperan otras; ya hay anuncios de nuevas guerras en mi corazón.

Sé que me llevarás al extremo de mi posibilidad y allí, me esperarás; primero calmarás el mar, luego aparecerán mis tormentas para que las calmes.

Casi me acostumbro a vivirlas; y las acepto, mientras gozo de tu Presencia, mi Señor.

Las tormentas, cada vez más oscuras, como si estuviesen entrando en mí; y mi vida está tocada en la profundidad de mi espíritu.

Como tú estás, Señor, la vida se renueva; pero hasta que no la calmes en lo más profundo de mi ser, no puede verse transformada ni plena.

Voy aprendiendo en el camino que sólo tú, Señor, lo ves; y dejo mi vida en tus manos.

¿Cuánto tiempo estaré así, Señor?

Quizás toda mi vida; y siempre, tendrás para enfrentar en mí; y siempre intentaré luchar por mi cuenta, hasta que me canse y me desespere y luego, vendrás en mi ayuda.

¿Será por mi crecimiento o por tu lugar en mi vida, en este mundo? Así, Señor, vas entrando cada vez más.

Algún día, mi vida será sólo tuya.

Quiero verte, Señor, en todo el movimiento que vivo en mi ser, en medio de la transformación que me supera; aún no comprendo lo que haces de mi vida.

Siento tu presencia en todo lo que pasa en mí; y estoy en paz, a pesar de que mi realidad enfrenta vientos adversos y otras vivencias en contra.

Te alabo, mi Señor, por el tiempo que estoy viviendo; eres tan grande, cada vez más grande.

Si mi vida no tuviese guerras ni enfrentamientos, ¿podría verte Señor, como te veo y sentir tu mano sobre mí, como la siento y buscarte, como lo hago a cada instante?

No bien me levanto, te busco; y no quiero perderte, pues, ¿cómo enfrentaría mi vida sin ti, mi Señor?

No quiero pensar que estuvieses ausente.

3. AL TENER LOS PENSAMIENTOS Y SENTIMIENTOS DE JESÚS

a. LA MIRADA DE JESÚS

Al lograr cierta confianza con Jesús, cuando el camino se nos proyecta más claro, empezamos a preguntarnos cómo Él mira nuestra vida, cómo la ve.

Es que, del principio, nos impacta su modo de ver que nos llega muy hondo, pues Él nos mira y nos vemos; aún nos asusta su mirada, tenemos vergüenza de nosotros mismos, y en cierto sentido, su mirada domina nuestra vida.

Jesús llega del Padre; está pleno de Vida, de Amor y de Paz; de una fuerza que nos transforma con sólo mirarnos. Él está presente en nuestro corazón; y allí, su vida se graba para los tiempos de sus ausencias, si es que existen, pues Jesús está en nosotros.

Con tan sólo mirarnos, nos transmite su Amor y el Poder; nos conmueve, aún despierta otras vivencias.

Nos hace entrar en el corazón, para buscar al Señor; y de este modo, lleva nuestra vida por su cauce, si lo aceptamos y le permitimos hacerlo.

La Gracia de Jesús es como ver y contemplar la Semilla que sigue abriéndose a la vida, por más que debiese vencer muchos obstáculos; aún es ver un viejo árbol carcomido, mientras se despierta en un pequeño rebrote; y el mismo Jesús inspira la Vida en el Camino.

La Vida da un nuevo sentido a la realidad; toda se pone al servicio de la misma.

Como Jesús se une a nuestro espíritu, empezamos a vivir, pensar y sentir de modo diferente; el proceso es lento, pero se realiza; y con el tiempo, podemos ver el cambio que

esperamos.

Jesús depura nuestro modo de ver, de sentir; es como si el agua sucia se enfrentase con la Fuente que sigue entrando lentamente; así lo percibe nuestra vida.

Si percibimos el cambio, podemos agradecer al Señor por su Gracia, porque Él nos permite compartir el crecimiento que viene de Él; y no hay verdaderos cambios, si no nacen en el corazón ni pasan por transformar los sentimientos y la mente; si no pasan por la renovación en lo profundo de nuestro ser, no tienen fuerza; tan sólo los que hallan el sostén en el espíritu inundado con Jesús, se expresan como si manase el agua pura.

Es bueno preguntarnos cómo pensaría, y cómo actuaría Jesús en nuestros casos; es una actitud inspirada; pues, si lo practicamos, podemos fortalecer la Presencia de Jesús en medio de los pensamientos y los sentimientos, mientras Él sigue transformando las mentes y los corazones.

Si al principio, nos vemos como distanciados de Jesús, con el tiempo, podemos lograr sentirnos unidos a Él; es porque de veras, Jesús nos transforma.

Es oportuno aclarar que nuestro modo de pensar depende de los sentimientos que influyen en los pensamientos y las actitudes. Si los sentimientos son los que nos condicionan, una vez nos oscurecen, otras veces inspiran, aclaran y aún promueven hacia el bien. Es importante hacer ese análisis, ver cómo cambiamos, cuando nacen nuevos sentimientos o nos liberamos de aquellos que nos castigan y perturban.

Además, debemos buscar cómo sostenernos en el Señor, para poder hallar paz en medio de las vivencias, pues las mismas, sólo por la Gracia del Señor se equilibran y toman su rumbo, luego de pasar las confusiones y guerras.

Señor Jesús, te entrego mi corazón.
Aún, si fuiste primero en golpear la puerta, no hay nada mío en el camino tuyo hacia mí.
Te entrego mi realidad; si mi corazón quiere ser tuyo, haz lo que quieras, llévame por donde quieras.
Todo es por mi bien; en eso también, me inspiraste.

El tiempo es tuyo y la Obra es Tuya.
Te pido que me hagas ver, cuando perturbo tu misión por ser muy ansioso, inquieto y rebelde; si llego a actuar así, aprovéchalo para el bien.
Me aclaras que cuando la Obra se presenta difícil, podría ser aún más transparente de tu Presencia.
Quisiese ser tu Obra, sólo tu Obra.

b. APÁRTATE DE MÍ

Pedro profesa la fe, Jesús habla de la revelación del Padre; luego, Pedro rechaza el camino hacia la muerte; y Jesús le reprocha, porque sus pensamientos *"no son de Dios sino de los hombres"*.

A ese camino entre la revelación que viene del Padre, y los pensamientos de los hombres, lo recorreremos con Jesús, pues su Obra es que lleguemos a la luz del Señor.
¿Por cuántas luchas debemos pasar?
Es que cada uno tiene su tiempo, y es del Señor.

No nos damos cuenta de cómo se trastorna la mente y el corazón, ni qué lejos estamos del pensamiento del Señor.
Y si reconocemos que la vida debe encaminarse según su Proyecto, es porque por Él está formada; pero, en realidad, estamos lejos del pensamiento del Padre; en eso, consiste el conflicto que nos toca; si lo pudiésemos resolver bien, la vida sería distinta.

No se pueden evitar los conflictos, mientras vivimos en un mundo alejado del Señor, pero nuestra vida sería diferente,

al estar en plena armonía con Él.

Jesús entra en la vida, porque ése es el Proyecto del Señor, y con Jesús, se injerta la Vida del Padre que nos viene para transformarnos.

El enfrentamiento viene para que la Gracia logre vencer nuestra realidad, que si bien, nos parece que no está mala del todo, igual nos lleva a la destrucción.

Jesús sigue obrando hasta que transforme nuestra vida, en medio de un mundo muy perdido.

El encuentro con Jesús lleva a los enfrentamientos; y si no aparecen al comienzo, vienen con el tiempo, pues Él debe vencerlos, mientras transforma la vida.

Así es con los que desean seguir a Jesús; no habrá maneras de evitar enfrentamientos ni cierta dureza; si Él transmite el Amor del Padre, a la vez, exige y actúa con firmeza.

Al comienzo, Jesús impacta, atrae, aún despierta alegría; y el seguimiento parece muy claro.

Luego vienen las tormentas; si bien, hay que vencerlas en medio del corazón, a la vez, hay que enfrentar las guerras que vienen del mundo; no las podemos evitar, y debemos asumirlas, aún sostenidos por la Gracia que nos llega del Señor.

En la medida en que Jesús entra en la vida y la transforma, ya no podemos separarnos de su misión.

Él nos ofrece su paz, frente a las tormentas que se cruzan en medio de nuestro corazón; y nos presenta el camino del mundo lleno de otras tormentas aún más fuertes; pues la vida se había perdido, y está llena de guerras que hay que cruzar como atravesando el fuego; no hay otro modo para vencer al mundo.

No es que haya que apurar el paso, al contrario, hay que medir las fuerzas; no sea que el mundo sea más fuerte que el Señor.

En la vida de Jesús, el mundo, por un rato, parece haberlo vencido, pero es sólo eso; ese tiempo se pone muy difícil en la vida de los discípulos; se les cae todo, no entienden nada, y la enseñanza de Jesús queda como en un suspenso; pero luego, todo vuelve a su lugar, y Él resucita.

¿Cuánto tiempo Jesús anticipa su muerte?

Del inicio lo decía con claridad; y cuando se enfrentaba, iba anticipando lo que iba a pasar con su vida; esas cosas no se les escapaban a los discípulos que averiguaban todo, mientras seguían a Jesús.

Él debía hablar sobre su muerte, pero ¿quién lo entendía?

Por eso, esas palabras duras frente a Pedro.

Luego, Pedro tampoco lo ve, pero llegará otro tiempo para comprenderlo mejor.

La perspectiva del sufrimiento y del rechazo se abre con cierta lentitud, pero toca hondamente, en el camino de los cambios ofrecidos por el Padre.

El mundo tiene muchas maneras para enfrentar la realidad adversa; y el Señor tiene su propia lógica, que es poco comprensible para el hombre, hasta que no llegue a pensar según el Proyecto del Padre.

Entonces, hablamos de los enfrentamientos que hasta son necesarios, mientras el Señor vence la realidad del mundo; y sólo hay que aceptar el modo que es distinto; es que no hay armas ni prepotencia, mientras el mundo usa las armas e impone su voluntad, y por eso, el enfrentamiento parece aún más injusto y sin sentido.

Pero toda la fuerza está en el espíritu transformado por la Gracia del Señor; aún hay que esperarla; la sostiene Jesús,

presente en la vida del hombre.

En Getsemaní, Pedro usa el arma que no sirve para Jesús, porque hay otras fuerzas que son más grandes aún.

Pedro no las ve ni comprende qué va a pasar con Jesús; y cuando se reencuentren, luego de su muerte, reconocerá el Camino de Jesús, para resolver la realidad del mundo.

Por ese Camino hay que transitar pacientemente, por más que las vidas pasasen casi por la destrucción, porque los valores del Padre para el mundo y los hombres, están por encima de nuestras vidas.

Luego del anuncio de la muerte y de un rotundo rechazo de parte de Pedro, Jesús lo lleva a la Montaña para orar; es quizás, para buscar la comprensión del Padre; allí, por un tiempo, se calma el corazón de Pedro.

Pero como está toda la Vida para entregarla, las exigencias del Padre parecen grandes. Aún Pedro oye la Voz que le propone escuchar a Jesús, no obstante, es difícil aceptar su muerte. Si la oración clarifica, ilumina y calma, vienen los acontecimientos y hay que buscar una nueva luz, porque el corazón se vuelve perturbado; aún hay que buscar nuevas fuerzas.

II. 4. LA SAMARITANA

a. YO TAMBIÉN LA NECESITO

¿Hay alguien junto al pozo?
El sol está muy alto y Él, sentado a esta hora.
Mientras voy, mi pensamiento se detiene.
¿A quién espera?
Sigo con mi duda, mientras Él me ve de lejos.
¿Qué quiere de mí?

*¿Viniste a buscar agua?; yo también la necesito.
Tengo sed, es la hora.
¿No podrías servirme un poco de tu cántaro?
Me mira, me pregunta y espera.
¿Qué puedo decir a ese judío extraño?
¿Cómo se atreve a pedirme?
No obstante, no puedo decirle que no.*

*Si me das agua, yo te doy el agua viva.
Aún, me habla del agua viva.
Me cuesta darle; si se la doy, ¿me daría el agua viva?
¿De dónde la sacaría, es cierto lo que me dice?
Y sé que tiene sed y su palabra me intriga.
No debería darle agua, sin embargo, tiene sed.
¿Qué quiere de mí, ese hombre?*

*Su palabra y su mirada son extrañas; no sé qué decir.
¿Si le doy agua?; ¡no sé qué hacer!
Tengo ganas de darle; me extraña su silencio.
Hay algo que me empuja y no puedo decirle que no.
¿Qué es lo que me pasa?
Y siento que mi corazón se abre frente a él.*

*¿Cómo puedes darme el agua, si no tienes con qué sacarla
del pozo de nuestro padre?*

El pozo da agua suficiente, alcanza para muchos.
Estás cansado de caminar por nuestra tierra.
¿Por qué has llegado hasta aquí, qué te ha traído?
Y aún, me suena su Palabra del Agua viva.

Él bebe, me mira; presiento una sed extraña.
¿Por qué me dijo del Agua viva?
¿Qué es esa sed extraña?
Y Él está callado; ¡es un hombre extraño!
¿Por qué me atrae su silencio, su mirada?
¿Qué es lo que me pasa?
Toma; hay agua suficiente; te la doy de corazón.

Sólo dijiste unas palabras, ni siquiera te contesté.
Te di agua, porque la necesitabas.
Así, calmas la sed del mediodía.
Pero mi necesidad no se apaga.
¿Qué es lo que me pasa?
Te miro, me miras; ¿qué es lo que despiertas en mí?
Aún llegas a mi corazón y despiertas una sed extraña.
¿Qué quieres hacer de mí, qué me pasa?

b. SI ME DIERAS

Si me dieras de tu agua, no necesitaría venir aquí.
Aquí vengo; el cántaro está pesado y cada día lo llevo a mi casa, golpeándome entre las piedras.
Si me dieras de tu agua, qué distinta sería mi vida.
Mi tarea es venir, buscar y llevar; la carga es pesada, y lo hago cada día desde hace tiempo.
Si me dieras de tu agua...

¿Me escuchas, si te hablo, conoces el sudor de los días?
¿Sabes el esfuerzo mío y el camino que recorro?
Si me dieras de tu agua, qué distinta sería mi vida.
¡Dame hoy, dame ya, de tu agua viva!

Tenemos agua, porque nuestro padre nos había hecho este pozo; ¿acaso, eres más grande que él?
¿Podrías darnos el agua que nos saciase para siempre?

¿Dices que quien tomara del agua viva, no tendría sed; que esa agua podría transformarse en un manantial?
¿Dónde está tu agua?; ¿hay rocas con tu agua escondida?
Debo venir de lejos; hace años que vengo, es mi tarea de cada día y no puedo librarme de ella.
¡Que rebrote tu agua, que despierte el manantial!
Tú lo dices y te creo. ¿Por qué creo en tu palabra?

Me dices y te callas.
Voy recorriendo con mi mente; mi corazón está inquieto.
¿Qué querías decir?; ¿es así como pienso?
Es tan extraño lo que me pasa.
Tú lo dijiste, como esperando, tampoco me explicas.
Sólo dices promoviendo mi corazón.

c. SABES TODO DE MI VIDA

Preguntas por mi familia y mi marido.
Es como si mis dudas por dentro de mí, no te interesasen.
No puedo responderte y lo sabes.
Es cierto, sabes todo de mi vida; ¿quién eres, entonces?
"Señor, veo que eres un profeta".
¿De dónde me viene esta palabra?
Porque veo que lees mi corazón, donde me escondo.
Y me miras, me respetas...

Tu mirada llega a mi corazón; y llegas con mucho respeto, silenciosamente, no dices mucho, ¿para qué las palabras?
Sólo me miras, ves todo, hasta me haces ver mi vida.
No quise verme ni entrar en mí; es porque me parecía sólo un tiempo de recuerdos dolorosos.
Hoy me haces entrar, me invitas; ¿quién eres tú?

¿Quién está delante de mí?
¡Qué misteriosa es tu mirada, tan tierna!
Apareciste de improviso, y vas llenando mi corazón.
¿Qué es el agua viva de la cual me hablas?
¿Sería necesario que me expliques?
¿No sea que estés respondiéndome?
¿Con sólo mirarme, creas la respuesta en mi corazón?

Te pedí el agua viva; ¿y qué es lo que me das?
¿No ves que vas llenando mi corazón?
¿Por qué te digo, si sabes todo?
¿Qué es tu agua? ¿Acaso no eres tú?
"Señor, dame del agua viva".
Que surja el manantial en medio de las rocas.

Mi vida es una roca sin agua.
Hay piedras y rocas muy tristes.
¿Qué será de mí, si tú entras con tu agua viva?
¡Cuánta esperanza me das!
Señor, mis rocas tienen sed de ti, lo sabes.
Por eso, necesito de ti, de tu agua.

Sabes de mi necesidad más profunda.
Hoy, la despiertas pero la sed es desde siempre.
Antes, me llenaba de lo que no daba paz ni felicidad.
Hoy, siento que estoy frente al agua viva.
Quisiera que se apagase mi sed, de una vez.
Lo sabes y lo estás esperando.

¿No viniste a despertar la más profunda sed de mi vida?
¿No sería que es tu deseo?
Sabes de mis deseos y de mis desgracias.
Me comprendes, estás en mi dolor.
Tomé tanto para llenar mi sed, y estoy aún más ansiosa.

Me dices de mi verdadera sed, mientras estás.
Tú eres mi única esperanza.

d. POR ENCIMA DE LA MONTAÑA

Te pregunté por la Montaña del Señor.
Me contestaste como si aún hubieses tenido en cuenta otra
realidad de mucha importancia.
Hablaste de aquellos que adoran de corazón.
¿No estarás más allá de la Montaña?
Sé que el Mesías debe venir; ¿quién eres?

¿No te importa nuestra Montaña?
Si no te importase, no hablarías conmigo.
Los judíos no deben tratarse con nosotros y menos, con las
mujeres; ¿qué es lo que te interesa?
¿Viniste a pedir agua, a hablarme del agua viva?
¿Para qué viniste, qué es lo que quieres de mí?
Estás en nuestras tierras, ¿qué es lo que quieres?
¿Por qué respetas a nuestra Montaña?
¿Qué quieres de mí?

Entonces le dije: *"Yo sé que el Mesías debe venir; cuando
venga, nos anunciará todo".*
"Ese soy yo, el que te habla", respondió Él.
Aquí, se me abrieron mis ojos, y todo fue claro.
Pero llegaron los discípulos y yo debía irme.
Me fui con la noticia que recibí del Mesías.

Me fui apurada, casi perdiendo el cántaro.
Me olvidé de mi vida y del cántaro que llevaba.
Mi vida no pesaba tanto; y me olvidé de lo difícil que fue,
pues llevaba la noticia para mi pueblo.
¿Quién fui yo para el pueblo?; sin embargo, aún llevaba el
mensaje de que me había encontrado con el Mesías.

Llevo la noticia en mi corazón.
No tengo otra cosa que decir, sino que me encontré con Él.
Fue tan misterioso; y Él tan sencillo, tan humilde.
Hasta me pidió agua de mi cántaro.
Llevo la palabra a mi pueblo; ¿me escucharán?
Si no me escuchan, es por mi vida.
No obstante, presiento que debo llevar esta noticia.

Mi cántaro no tiene importancia, ni el agua que llevo.
Hay otra sed de mi pueblo, como la mía.
El pueblo debe saber que el Mesías ha venido.
Sigo corriendo a mi pueblo; debo llevarle la noticia; es la
más grande de mi vida.
Mi cántaro no tiene importancia, ni el agua que llevo.
Hay otra sed de mi pueblo, es como la mía.

Jesús tuvo la sed de estar con nosotros.
Encontró la hora, al verme frente al pozo.
Quiso llegar a mi pueblo por medio de mí, tan pobre.
¿Cómo se lo diré a mi pueblo, me escucharán?
Mientras voy corriendo preocupada, el pueblo sale.
Presiento cómo va recibir a Jesús.
En mi corazón comienza la fiesta.

e. COMENCÉ A HABLAR DE ÉL

Les dije que había visto al Mesías; les hablé de mí y de lo
que Él me había dicho; ellos me escucharon con respeto,
me comprendieron; y yo, que tenía mucho miedo y tanta
urgencia; estaba en paz, al cumplir con mi Señor; e hice lo
que sentí en mi corazón.

Mi pueblo salió al encuentro con Jesús.
Querían verlo, escuchar su Palabra.
Lo invitaron a que se quedase por aquí, algunos días.
Muchos creyeron en Él, pues llegó la gracia del Señor para

el pueblo que, por mi pobre tarea, pudo ver a Jesús.
Pero lo mío no tiene importancia; lo que vale es que Jesús
estuvo con nosotros; en realidad, se queda para siempre.

¡La gracia del Señor puede ser tan grande!
Y Él nos espera a la hora menos pensada, cuando aún ni
siquiera sabemos lo que pasa con nosotros; si la gracia del
Señor pasa por el encuentro con Jesús, nos ponemos ante
lo inexplicable, pues nos llegan la paz, la ternura y la vida.
Jesús me hizo ver mi realidad de modo, que sólo nos viene
del Señor; mi vida ya no es la de antes, y es renovada.

Cuando me encontré con Él, sentí que Él iniciaba en mí;
aún no sabía decir a dónde me llevaría, pero sí a un nuevo
tiempo en mi vida.
Con esta vivencia fui a ver a mis hermanos, a mi pueblo, y
ellos presentían lo mismo, al verme hablar.
Fue la noticia que se les grabó muy hondo; lo cierto es que
el pueblo entero la vivió intensamente.

Comencé a hablar de Jesús y el pueblo me escuchó.
¿Por qué me escucharon con tanto respeto?
Porque Jesús había cambiado mi vida; entonces, mi modo
de hablar también fue diferente.
¿Y qué hacer frente a la obra del Señor?; sólo agradecerle,
aceptar la gracia y aún, guardar el misterio en mi corazón
que sólo goza de felicidad.

Introducción	3
I. 1. La vivencia de Jesús	7
a. al experimentar la Presencia	7
b. al compartir con los hermanos	10
c. al asumir a Jesús	13
d. hasta que comencé a buscarte	15
e. tu Llama está ardiendo	19
2. Jesús en medio de mi vida	23
a. al ver a un Jesús verdadero	23
b. no quise despertarte	25
c. sólo tú calmas de veras	28
3 Al tener los pensamientos y sentimientos de Jesús	33
a. la mirada de Jesús	33
b. apártate de mí	35
II. 4. La Samaritana	39
a. yo también la necesito	39
b. si me dieras	40
c. sabes todo de mi vida	41
d. por encima de la Montaña	43
e. comencé a hablar de él	44

